

0. EUROPA COMO CONCEPTO

Europa es un territorio de difícil delimitación, en el que pueden ser incluidos o excluidos determinados estados periféricos, como es el caso de Islandia, cuya población de origen escandinavo prima sobre la lejanía respecto a la costa europea, Rusia y Turquía, cuya fracción europea es minoritaria (apenas un 3% de la superficie total en Turquía, y el 23% en Rusia), los estados caucásicos (Georgia, Armenia y Azerbaiján), que sólo pueden ser considerados europeos si el límite del continente se establece en el Pequeño Cáucaso, o Israel, que en algunos ámbitos queda englobado en Europa por sus afinidades políticas y socioeconómicas.

0.1. ELEMENTOS UNIFICADORES

En diccionarios y enciclopedias, así como en el lenguaje cotidiano y en la propia ciencia geográfica, Europa es definida y comúnmente aceptada como uno de los seis continentes en que se dividen las tierras emergidas de nuestro planeta. Sin embargo, en un sentido geográfico estricto, el territorio encuadrado bajo la denominación de Europa no puede constituir un continente, ya que en su extremo nororiental no cumple la necesaria separación física de las tierras circundantes, encontrándose unido a Asia.

Pese a todo, la existencia de una serie de elementos unificadores de índole geográfica en su vertiente física, cultural, política y económica, permiten distinguir una entidad denominada Europa:

- **Elementos físicos.** Europa se encuentra claramente aislada por masas de agua en el N (océano Glaciar Ártico), en el O (océano Atlántico), en el S (mediante el mar Mediterráneo, que la separa de África), e incluso en su extremo sudoriental, donde el mar Egeo, el estrecho de Dardanelos, el mar de Mármara, el estrecho del Bósforo y el mar Negro, forman una línea de separación con la asiática península de Anatolia. En cuanto al resto de la fachada oriental del continente, la cordillera del Cáucaso, el mar Caspio y los montes Urales permiten establecer un límite físico con Asia. Esta estructura otorga al conjunto de Europa un carácter esencialmente marítimo, debido tanto a que la escasez de relieve en la fachada atlántica extiende la influencia de las masas de aire oceánicas hasta el interior del continente, como a la relativa proximidad del mar respecto a cualquier punto de Europa, y a la longitud de sus costas, plagadas de penínsulas e islas.

- **Elementos culturales.** Las civilizaciones y potencias que han dominado Europa durante los últimos dos milenios han ido construyendo una identidad cultural que estructura la organización social y económica de los estados europeos, con aportaciones como la democracia en el período griego, el derecho romano, la Revolución Industrial, etc. Desde una perspectiva histórica, Europa ha sido el centro de la actividad económica, política y cultural del mundo hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando perdió su posición dominante en favor de Estados Unidos y la Unión Soviética, que estructuraron el territorio europeo en dos bloques bajo su influencia. Pese a todo, los dos grandes conflictos bélicos del siglo XX y el largo período de enfrentamiento de la Guerra Fría también contribuyeron a formar la identidad europea, afirmando la necesidad de avanzar en los procesos de unión para frenar la inestabilidad política y social que ha caracterizado el devenir del continente durante toda su historia.
- **Elementos socioeconómicos.** Pese a las diferencias existentes entre estados y en el interior de éstos, Europa posee un elevado grado de desarrollo, caracterizado por un nivel de ingresos claramente superior al del conjunto del planeta, una elevada proporción de población urbana (superior al 80% en estados como Suecia, Países Bajos, Reino Unido, Alemania o Dinamarca), tasas de natalidad muy bajas, que en algunos estados dan lugar a tasas de crecimiento de la población próximas a cero e incluso negativas, una esperanza de vida superior a 70 años, e incluso próxima a 80 años en los estados de Europa occidental, una población en rápido envejecimiento, un nivel educativo alto (el analfabetismo es prácticamente residual, y la tasa combinada de matriculación en educación primaria, secundaria y universitaria es de un 80% para el conjunto del continente), una compleja red de transportes terrestres, fluviales y aéreos que favorecen el intercambio de productos y personas, una economía basada en las actividades terciarias (transporte, comercio, turismo, etc.), y una agricultura orientada al mercado.
- **Elementos políticos.** Las principales potencias europeas poseen una larga tradición como estados, proporcionando una estabilidad que favorece la unión de Europa como entidad continental. La caída del comunismo, que aceleró la desintegración de la Unión Soviética, Checoslovaquia y Yugoslavia, y podía actuar como elemento disgregador en Europa, ha quedado compensada por la acción cohesionadora de la Unión Europea, especialmente en relación con los estados de Europa central y oriental que afrontan su adhesión a la UE durante la primera década del siglo XXI.

0.2. ELEMENTOS DISGREGADORES

Europa constituye, pese a su unidad territorial, un espacio fragmentado en el que pueden distinguirse una gran diversidad de regiones y entidades políticas, una enorme pluralidad de culturas, rasgos físicos diferenciados, y marcadas disparidades en el grado de desarrollo social y económico. Esta diversidad refleja la riqueza cultural europea, pero también dificulta la consolidación de la unidad continental. Los principales elementos disgregadores son:

- **Estados.** La estructura política de Europa ha estado marcada durante siglos por la variación de las fronteras en las diversas formas de organización territorial (estados, confederaciones, imperios, reinos, etc.), en un proceso dual de agrupación-desintegración que todavía no ha concluido en la actualidad. En este proceso, constituyen momentos clave la consolidación de las potencias imperiales en los siglos XV-XVI (Francia, España, Inglaterra y Portugal), los procesos de unificación del siglo XIX (Italia y Alemania), la formación de los estados-nación como resultado de la disgregación de los imperios otomano y austro-húngaro, y la desintegración de los estados federales existentes en Europa central y oriental (Checoslovaquia, Yugoslavia y Unión Soviética). A esta estructura se superponen los enfrentamientos de los estados en bloques, como la pugna entre los imperios centrales y la entente en la Primera Guerra Mundial, entre el eje italo-germano y los estados aliados durante la Segunda Guerra Mundial, o entre el Este y el Oeste durante la Guerra Fría. Tradicionalmente, la Europa de los estados ha estado ligada a la disgregación, en cuanto los intereses nacionales o estatales primaron sobre el bien común del continente y sus habitantes. Finalizada la segunda gran guerra del siglo XX, los estados de Europa occidental asumieron la necesidad de unirse para evitar un nuevo conflicto, iniciando con la creación de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) un proceso de cohesión económica y social en torno a las instituciones que hoy constituyen la Unión Europea.
- **Lenguas.** Europa constituye uno de los principales mosaicos lingüísticos del planeta, albergando una gran variedad de lenguas y dialectos, que dificultan la comunicación entre la población de sus estados y regiones. La mayoría de las lenguas europeas pertenecen a la familia indoeuropea, incluyendo los grupos romance (latín, italiano, español, francés, rumano, etc.), germánico (inglés, alemán, sueco, islandés, etc.), eslavo (ruso, polaco, checo, etc.), báltico (letón, lituano), céltico (gaélico, britónico), traco-iliriana (albanés), heleno (griego), e indo-iraniano (romaní, hablada por los gitanos en toda Europa), mientras que el resto se encuadran en las familias urálica (finés, estonio, lapón, húngaro, etc.), altaica (turco), y camito-semítica (maltés). Desde un punto de vista eco-

nómico, se estima que los contrastes lingüísticos pueden actuar como factor limitador para la competitividad europea, ya que reducen la movilidad geográfica de los trabajadores y dificultan la expansión de las empresas mas allá de su área de origen. Aunque en la actualidad la diversidad lingüística y la heterogeneidad cultural tienen un valor positivo, a lo largo de la historia la lengua ha constituido un factor de inestabilidad, y en conjunción con otras variables ha dado lugar a numerosas disputas fronterizas entre estados, como el conflicto franco-germano sobre Alsacia-Lorena, o el austro-italiano sobre el Tirol del Sur.

- **Religiones.** Históricamente, la religión ha jugado en Europa el mismo papel de inestabilidad que la lengua durante los siglos XIX y XX, favoreciendo los conflictos en aquellos territorios donde conviven dos o más grupos religiosos (católicos, protestantes, ortodoxos, musulmanes, etc.). Aunque la laicización de los estados y el declive de las religiones cristianas en Europa ha minimizado la influencia de la iglesia, en la actualidad el elemento religioso todavía actúa como elemento disgregador en Irlanda, donde la religión se encuentra estrechamente unida a la causa nacionalista de los grupos católicos y protestantes.

0.3. EL DESARROLLO DE EUROPA

Aunque el origen histórico de la civilización europea se cifra en unos 10.000 años de antigüedad, cuando pueblos del Mediterráneo oriental desarrollaron una agricultura basada en la domesticación de plantas y animales, el concepto de Europa debe atribuirse a la Grecia clásica, cuya mitología lo define como un espacio individualizado de Asia, del cual se encuentra dividido por el río Don. Durante este período, la influencia griega y fenicia se extiende por la franja meridional bañada por el mar Mediterráneo, donde se fundan colonias organizadas a modo de pequeñas ciudades-estado, las cuales mantienen relaciones comerciales con los pueblos indígenas.

Roma mantiene el significado clásico de Europa, estructurando el territorio en torno a la península itálica. Las redes urbana y de vías de comunicación fueron utilizadas como instrumento de expansión por el continente, mientras que el latín es empleado como lengua de uso común en todos los territorios bajo dominio del Imperio. En su cenit, el control de Roma se extendió desde la península Ibérica y las islas Británicas en el O hasta el mar Negro en el E, situando la frontera septentrional en la línea formada por los ríos Elba y Danubio.

La definitiva separación del Imperio Romano en el año 395 d.C. supone el inicio de la primera disgregación europea, así como la

formación de una tradición europea diferente en Oriente y Occidente. La Edad Media está marcada inicialmente por el dominio del imperio bizantino en la Europa de Oriente y, con la única excepción del período de unificación bajo el imperio carolingio —que constituye la segunda experiencia de cohesión europea—, por la división entre reinos germánicos en la de Occidente (visigodos, ostrogodos, francos, burgundios, turingios, etc.). A partir del siglo XI, la fragmentación territorial del continente se manifiesta con la formación de potencias rivales en la Europa de Occidente (reinos de Hungría, Polonia, Dinamarca, Suecia, Noruega o Inglaterra, Sacro Imperio Romano Germánico, Estados Pontificios, etc.), y con la invasión otomana y la desmembración del imperio bizantino en la Europa de Oriente.

En el Renacimiento se fijan los límites de Europa en su extremo oriental como actualmente los conocemos, mediante un eje que une el mar Negro con la línea de cumbres del Cáucaso, el mar Caspio, el río Ural, la cordillera de los Urales, hasta las aguas del Ártico. También en este período inicial de la Edad Moderna, y gracias a las alianzas matrimoniales entre monarquías, se produce la consolidación de los estados que habían comenzado a configurarse durante la Baja Edad Media (Francia, Inglaterra, España, Portugal, Hungría, etc.), y la formación de coaliciones que no perdurarían en el tiempo (alianza del reino de Polonia y el ducado de Lituania, Unión de Kalmar entre los reinos escandinavos de Dinamarca, Suecia y Noruega). En el extremo contrario, los actuales territorios de Alemania, Austria, Suiza y el N de Italia quedan fragmentados en ducados (Borgoña, Milán, Carintia, Modena, etc.), condados (Saboya, Niza, Tirol, etc.), marquesados (Saluzzo, Monferratto, etc.) y repúblicas (Génova, Venecia, Florencia, Siena, etc.) por la subdivisión del Sacro Imperio.

A mediados del siglo XVIII el territorio europeo estaba dominado por los siguientes estados: Reino Unido, Francia y España en el O, y Austria —heredera del imperio germánico bajo dominio de los Habsburgo—, Prusia —reino de la dinastía Hohenzollern, que extendió su control por los territorios actualmente correspondientes al N de Alemania y Polonia— y Rusia —que surge como potencia imperial en detrimento de Suecia— en Europa central y oriental. Estos tres últimos estados se repartirían Polonia en 1795.

El intento napoleónico de crear un nuevo imperio continental fue frenado por el Reino Unido, Prusia, Rusia y Austria, dando paso a mediados del siglo XIX a un proceso de unificación de los estados y territorios alemanes e italianos. En Alemania, el proceso de unificación fue encabezado por Prusia, que anexionó tras sucesivas victorias militares contra Dinamarca y Francia los territorios de Schleswig-Holstein y Alsacia-Lorena, respectivamente. En Italia la iniciativa se

origina en Cerdeña, anexionando posesiones austriacas (Lombardia, Véneto, Roma, etc.) gracias a las victorias de Prusia sobre el imperio austriaco. Las derrotas de éste último precipitaron una reforma político-administrativa que culminó con la creación de dos estados unidos bajo un mismo reinado, dando lugar al imperio austro-húngaro en 1867.

0.4. LOS ESTADOS EUROPEOS: EVOLUCIÓN DE FRONTERAS EN LA ÚLTIMA CENTURIA

Las pugnas entre las potencias continentales y el declive del imperio otomano hicieron posible durante el último cuarto del siglo XIX y los primeros años del XX la formación de nuevos estados en Europa oriental (Grecia, Bulgaria, Rumania, Serbia y Montenegro), y convirtieron a los Balcanes y su área de influencia en un punto de conflicto (el denominado *avispero balcánico*), desencadenando eventualmente la Primera Guerra Mundial. Este conflicto no sólo provocaría el hundimiento de los imperios derrotados (Alemania, Austria-Hungría y Turquía), sino que también causó la desintegración del imperio ruso tras la revolución de 1917. El Tratado de Brest-Litovsk (1918) oficializó la pérdida temporal de Ucrania, Besarabia y los territorios bálticos (Estonia, Letonia y Lituania), que se constituyeron en estados independientes durante el período de entreguerras, y la definitiva de Polonia y Finlandia.

La paz lograda en 1919 supuso la división del antiguo imperio austriaco en diversos estados. Así, Austria y Hungría quedaron reducidas a su actual extensión, nace Checoslovaquia como resultado de la unión de Bohemia, Moravia y Eslovaquia, Transilvania pasa a Rumania, Istria y el Tirol del Sur se incorporan a Italia, y Eslovenia, Croacia y Bosnia se integran junto con Serbia y Montenegro en el nuevo estado de Yugoslavia, formando un heterogéneo mosaico de pueblos con grandes diferencias lingüísticas, religiosas y culturales que sólo pudo ser cohesionado mediante gobiernos autoritarios.

Alemania perdió, entre otros territorios, el corredor de Danzig en favor de Polonia, Eupen-Malmédy en el de Bélgica, y Alsacia-Lorena en el de Francia, siendo sometida a unas condiciones de rendición que, con el paso del tiempo, sembraron el descontento entre la población y favorecieron el ascenso al poder de las doctrinas pangermanistas del nacionalsocialismo.

En los territorios del antiguo imperio ruso, las repúblicas surgidas de la revolución comunista se unieron en un estado federal en 1922, constituyendo la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. En 1990,

y en un contexto de crisis en la estructura política, económica y administrativa de la URSS, la política de reforzamiento de la autonomía de las repúblicas no pudo frenar la emergencia de tensiones nacionalistas y el fin de los gobiernos comunistas, iniciando una cascada de declaraciones de independencia encabezada por los estados bálticos que culminaría con la desintegración de la unión.

La expansión germana durante la Segunda Guerra Mundial provocó la repartición temporal de Polonia entre Alemania y la Unión Soviética, pero el fin del conflicto bélico permitió la recuperación del estado polaco bajo dominio soviético. Las modificaciones de fronteras derivadas de la segunda gran guerra europea volvieron a afectar a las potencias derrotadas. Italia perdió la península de Istria, que fue otorgada a Yugoslavia, mientras que Alemania perdió Prusia oriental en favor de Polonia y la URSS, las provincias de Silesia, Pomerania y Brandenburgo oriental en favor de Polonia —provocando la emigración de la población germana—, y quedó dividida durante la Guerra Fría en dos estados bajo la influencia de las dos superpotencias. La reunificación de ambos estados no volvería a producirse hasta 1990, una vez consumada la caída del muro de Berlín, como resultado del hundimiento del sistema comunista en toda Europa oriental.

La estratégica región industrial del Sarre /Saarland, que había estado en disputa entre Francia y Alemania durante siglos —Francia la obtuvo en 1661 por el Tratado de Vincennes, pero la perdió en favor de Prusia tras la derrota de Napoleón, pasando de nuevo a Francia tras el Tratado de Versalles en 1919, hasta que en 1935 la mayoría de su población acordó en un plebiscito incorporarse a Alemania, siendo posteriormente ocupada por Francia tras la II Guerra Mundial—, fue finalmente asignada a Alemania en 1957 por los acuerdos Mollet-Adenauer.

El proceso de democratización y transformación de las economías socialistas en los estados de Europa central y oriental, que habían permanecido bajo control soviético desde 1945, también explica la fragmentación de Checoslovaquia y Yugoslavia. La federación checoslovaca, nacida en 1918 como estado tapón entre los derrotados imperios alemán y austriaco, conservó su integridad territorial tras la Segunda Guerra Mundial, aunque con la pérdida de Rutenia, que pasó a Ucrania. Con la caída del comunismo se produjo la escisión pacífica de Checoslovaquia, que supuso la formación de los nuevos estados de la República Checa, integrada por Bohemia y Moravia, y Eslovaquia.

Yugoslavia, un estado federal de gran diversidad étnica (los serbios, eslavos y ortodoxos, usan el alfabeto cirílico; los eslovenos, eslavos y católicos, utilizan el alfabeto latino; los croatas, eslavos y católicos,

utilizan el mismo idioma que los serbios, pero con alfabeto latino; los bosnios, de población mayoritariamente eslava y musulmana; los macedonios, eslavos y ortodoxos, con una lengua cercana al búlgaro; y las minorías albanesas, húngaras, rumanas, etc.), permaneció cohesionado mediante la autonomía concedida a las repúblicas por Tito, aunque las prósperas Croacia y Eslovenia siempre estimaron que desde el gobierno central se les privaba de su riqueza en favor de Serbia y el resto de repúblicas.

Los conflictos nacionalistas permanecieron controlados hasta la muerte de Tito, cuando una revuelta de la mayoría albanesa en Kosovo, territorio autónomo de Serbia, fue duramente reprimida. La caída del comunismo en 1989 aceleró la radicalización de los nacionalismos en todas las repúblicas de la federación, iniciando una cadena de conflictos que culminaron con cruentas guerras civiles en Croacia, Bosnia-Herzegovina, Macedonia y Kosovo. El resultado de estos acontecimientos es la completa desintegración de Yugoslavia, sustituida por los estados independientes de Eslovenia (1991), Croacia (1991), Bosnia-Herzegovina (1992), la Antigua República Yugoslava de Macedonia (1991), y la federación de Serbia y Montenegro (2002), donde la región de Kosovo permanece bajo protectorado de la ONU.

Tras siglos de luchas, guerras y alianzas, el proceso de formación de los estados europeos no parece cerrado. Los Balcanes se han consolidado como el área más conflictiva, existiendo problemas no resueltos como el de Kosovo, donde la mayoría albanesa opta mayoritariamente por la independencia o la unión con Albania, o el de Macedonia, sometido a las presiones ejercidas desde Bulgaria, Albania y Grecia. Por otro lado, la Unión Europea constituye un nuevo intento de cohesión continental, heredero del proyecto de *Estados Unidos de Europa* planteado en 1851 por Víctor Hugo, aunque siempre limitado en su capacidad de acción y decisión por los intereses y prioridades de los estados que la integran.